

# Editorial

## Viejas y nuevas epidemias

He aquí que cuando parecía que las epidemias de enfermedades infecciosas habían desaparecido, al fin, de la faz de la Tierra, han vuelto a surgir, aunque localmente, con renovados bríos.

Primero fue el cólera, en el Perú, en 1991 y, este año, el mismo azote en Goma, Zaire, entre los millares de negros hutus huidos de Ruanda. El temible cólera morbo asiático, plaga que es como una serpiente de múltiples cabezas, igual a la hidra de la mitología griega, hija de Tifón y de Equidma. Luego, apareció un brote de peste bubónica en la lejana, cochambrosa, ciudad maldita de Surat, al norte de Bombay, allá en la India, con numerosos casos de localización pulmonar. Antiguamente la *peste neumónica* era mortal en el cien por cien de los atacados. Hoy, merced a los antibióticos, la tasa de mortalidad es casi trivial. De 6.000 afectados «solamente» han muerto 100.

La peste bubónica es conocida desde los tiempos bíblicos. En la Biblia, en el Libro I de Samuel, capítulos V y VI, puede leerse que «la mano de Dios dejó sentir su peso» sobre los habitantes de Asdod que guardaban, indebidamente, el Arca de Dios. Y los «hirió de tumores». Reinó en la ciudad «un pánico mortal». Los gritos, pidiendo auxilio, de hombres y mujeres, llegaban al Cielo. Los que no morían inmediatamente eran atacados de *ofalims*, tumores. «¿Cuál es la reparación que debemos pagar?, preguntaron. Y ellos dijeron: cinco tumores de oro y cinco *ratones* de oro darán gloria al Dios de Israel y harán más ligera su mano». Así hicieron los filisteos y desapareció la peste.

Antes de Cristo la Humanidad padeció cuarenta y una epidemias del cruel bubón. Después de la llegada del Señor al mundo se sucedieron los contagios. Espantosa fue la peste del siglo VI, la llamada «plaga de Justiniano». Pero, sin

duda alguna, la epidemia más horrible conocida fue la *Muerte Negra* de 1348, que diezmó a media población europea; ocasionó 25 millones de muertos.

En el devenir de la Humanidad las epidemias han jugado un papel decisivo. Han cambiado, muchas veces, el rumbo de la Historia. Recordemos que una cruel epidemia desmoronó al ejército ateniense durante las guerras del Peloponeso. Otra, azotó al Imperio Romano y desencadenó su decadencia. La viruela destruyó a las poblaciones indígenas del Nuevo Mundo, fue la gran aliada de los conquistadores españoles, permitió a Hernán Cortés, al frente de apenas 600 hombres, conquistar el imperio azteca, que tenía millones de súbditos.

En Europa, las pestes de la Edad Media dieron lugar a recensiones demográficas, crisis económicas, transformaciones morales. Que contribuyeron, sorprendentemente, a fomentar el progreso científico y lograron una suerte de nivelación social. La muerte, imprevisible, atroz, igualaba a poderosos y humildes. Incitaba, también, al hedonismo. Y, por contraste, al culto de exaltadas creencias religiosas. Ya no eran los demás los que se morían; uno mismo sentía acercarse, inexorable, el angustioso *memento mori*. Las terribles garras del dragón de Galeno producían un fulminante impacto psicológico; traían consigo la certeza de un inevitable morir, implacable y doloroso. Al comprobar que la vida es harto quebradiza, se concluía que había que gozarla intensamente, mientras se pudiera. Es el *carpe diem*, el *gaudiamus igitur*, reflejado en los eróticos cuentos del *Decamerone* de Boccaccio.

Surgió, asimismo, si se sobrevivía al azote, la necesidad, ineludible, de inventar artificios que suplieran la falta de la mano de obra. Apareció el compensador fenómeno del *reto-respuesta* de Toynbee, consecutivo a las guerras, a

las hambrunas, a las devastadoras plagas. En Mallorca la primera peste conocida, la del año 1230, a poco de la conquista de la Isla, produjo un profundo desánimo en el ejército invasor. Caballeros y villanos abandonaron a su rey, Jaime I, sin cuidarse del botín del saqueo. Hubo que hacer traer a otros caballeros y soldados de la Península, fue menester promulgar unas democráticas leyes: las *Cartas de Població y de Franquesa*.

Los señores feudales renunciaron a sus privilegios. Se ofreció Mallorca, abierta y fecunda, a las gentes de Cataluña y Aragón. Con el señuelo de unas excepcionales condiciones socioeconómicas, nacidas al socaire de aquella terrible peste bubónica o, tal vez, de tifus exantemático, que había originado tan enorme mortandad en las huestes del Conquistador.

Se sucederán, a lo largo de los siglos, otras masivas epidemias en las Islas Baleares. Luego de 1230 concurrieron épocas de frío, de hambre, de malas cosechas. Escaso siempre el trigo se elaboraba el pan con harina de centeno. El cereal, contaminado por un hongo tóxico, producía trágicas epidemias de ergotismo, de fuego de San Antonio, delirios místicos. Un siglo después, en 1348 apareció la *Muerte Negra*. El clima, ahora templado, húmedo, de la Isla, era idóneo para el desarrollo de la pulga, la *Xenopsylla cheopis*, que parasitaba a las ratas, la *Mus rattus*, la rata negra, todavía, y era la vectora del bacilo que descubrirían, muchos años después, Yersin y Kitasato. El bubón, en Mallorca, en el corto espacio de un mes, mató a 15.000 habitantes. Coincidió el azote en Baleares con el desmoronamiento del reino de Jaime III y la guerra contra el rey de Aragón, Pedro IV.

En las siguientes calendas sobrevendrán otros estragos y el *Gran i General Consell*, se verá obligado a conceder nuevas franquicias a los forasteros que se establezcan en la Isla, quienes, durante dos años, estarán francos, con toda su familia, de muchos impuestos, entre ellos «el derecho de molienda».

En 1465 retorna el temible bubón. Hace su entrada por Sóller, a bordo de un navío mandado por el capitán En Boga. Se

extendió de inmediato por la Isla Dorada. Se instauraron medidas sanitarias profilácticas colectivas. Se crea la Morbería, con médicos propios y una legislación específica; se reglamentan las *Ordinatio*s, los *Capitols del Morbo*. Se establece el método de las cuarentenas para los barcos que arriben a puerto. En la torre de Pelaires de la bahía de *Ciutat*, «se ventilan los géneros de contumaz», aquellas mercancías que se consideran capaces de propagar el contagio. Si la prevención es eficiente, el tratamiento médico, en cambio, es inoperante.

Se recomendaba comer muy poco, ingerir frutos agrios, beber mucha agua e infusiones de raíces, y gran cantidad de vinagre. Hacer sangrías, practicar un moderado ejercicio físico, prescindir del acto venéreo; purificar el aire de las habitaciones quemando ramas de enebro e incienso. Amén de otros remedios más costosos y extraños, como llevar un diamante, una esmeralda o un rubí atados al brazo izquierdo, «entre el codo y el hombro».

Cinco cosas «ofenden» y propician la aparición de la peste: *Fames, fatigatio, fructus, foemina, flatus*. Los que preservan de padecerla, según Sorapán de Rieros, son otras cinco *efes*: *Flebotomía, focus, fuga, fricctio, fluxus*.

Mas, lo muy recomendable, era seguir el consejo de un antiguo refrán castellano, el de las tres *eles*: huir de la pestilencia a los primeros indicios de su aparición. Irse, *luego, lejos, largo*. Rezar a San Sebastián y, sobre todo, a San Roque, también era bien saludable. Gracias a las medidas higiénicas adoptadas y a la presencia de una reliquia, el brazo incorrupto de San Roque traído a la *Ciutat de Mallorques* por el avispado arcediano de Rodas, desapareció la peste bubónica de Mallorca durante dos siglos. Pero vuelve en 1652, ocasionando más de 20.000 defunciones. El bubón hizo su postrera aparición en Mallorca en 1820. Fue la llamada *peste de Son Servera*, de menor mortalidad que las anteriores, 2.500 muertos. Se establecieron severos cordones sanitarios; expurgo de las casas de los atacados; uso masivo del vinagre como desinfectante. Los sanitarios debían portar vestidos y guan-

tes de hule. Fricciones de las superficies cutáneas con aceite de oliva. Aceite que también se empleaba como curativo, haciéndolo beber en abundancia.

Con el *ochocientos* penetran en Mallorca dos azotes exóticos; el cólera y la fiebre amarilla. El cólera surge en repetidas ocasiones, provocando numerosas muertes y un alocado pánico en la población mallorquina. La fiebre amarilla, el vómito negro, procedía de las Antillas y era vehiculado por cierto mosquito, el *Stegomya fasciata*.

En el siglo XX desaparecen las grandes epidemias. Por declinar, quizás, su genio pandémico, por conocerse los agentes causales y disponerse de poderosos medios profilácticos y curativos. Ya no será preciso ofrecer generosas franquicias para que los forasteros desembar-

quen, o aterricen, ilusionados, en las costas fascinantes de las Islas Baleares. Los brotes de cólera del Perú y del Zaire, y de peste bubónica en la India, han sido prontamente vencidos. Pero persiste aún un misterioso azote: la *plaga rosa*, el SIDA. Terror de drogadictos y homosexuales, preferentemente. Con 17 millones de afectados en el mundo, 25.700 en España. Cifras que crecen sin cesar. No existe hoy una vacuna, una terapéutica eficaz contra este terrible mal, producido por un virus, el VIH. Es como si la Humanidad no pudiera liberarse, todavía, de los castigos bíblicos; de la colera de los dioses. Y uno se pregunta si también el SIDA no tendrá su mensaje, esconderá un prometedor *reto-respuesta*; será el anuncio de una próxima, maravillosa, terapéutica genética.